

González González, Miguel Alberto
LENGUAJEAR EL PODER. LOS OLVIDOS DE LOS DOCENTES ¿LA MEMORIA
ESCINDIDA?
Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad, vol. 5, núm. 9, julio-diciembre, 2013, pp. 77-98
Instituto Tecnológico Metropolitano
Medellín, Colombia

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=534366871007>



ENGUAJEAR EL PODER. LOS OLVIDOS DE LOS DOCENTES ¿LA MEMORIA ESCINDIDA?

Languaging power. The forgetfulness of teachers. Memory divided?

Miguel Alberto González González*

Resumen: este documento aborda la investigación sobre la incidencia de los olvidos de los docentes en la imagen de sujetos y en la configuración de sociedad. El olvido aparece como una constante en las sociedades humanas y lo hace con mayor ahínco en sociedades que, como la colombiana, no han logrado construirse, cimentarse como un proyecto por las premuras políticas, por las debilidades de su memoria y por su desmesurada capacidad para olvidar. Una pregunta esencial fue

cercando el horizonte investigativo: si las personas olvidan, si los docentes olvidan enseñar, ¿cuáles son esos olvidos, y en qué consisten?

Palabras clave: docente, olvido, educación, rebeldía, historia, relato, memoria proceso, receso, estudiante, escuela, historias de vida.

Abstract: this paper discusses a research on the incidence of forgetfulness of teachers in the subject image and the configuration of society. Oblivion is a constant in human societies and it appears to be stronger in societies, such as Colombia, that have failed to grow, to set the ground as a project due to the political haste, the weakness memory and the inordinate capacity to forget. Little by little, an essential question encircled the research horizon: if people forget, if teachers forget how to teach: what are these oversights, and what do they consist of?

* PhD en Ciencias de la Educación en la Universidad Tecnológica de Pereira; Magíster en Educación-docencia, Docente e investigador Universidad de Manizales; Manizales – Colombia, miguelg@umanizales.edu.co

** Participaron Hubert Henríquez, Fredy Guzmán, Margarita Alzate y Nelsi Meléndez. Dicho trabajo investigativo tuvo lugar en Manizales, durante los años 2009 y 2010, complementada en el 2012 desde el proyecto investigativo *Lenguajes del poder*.

Fecha de recepción: 31 de enero de 2013

Fecha de aprobación: 22 de agosto de 2013

Keywords: teacher, neglect, education, rebellion, history, narrative, memory process, student, school, life stories.

UNA HISTORIA CONOCIDA

Las ilusiones son muy confusas, no tienen defectos

Miguel González G.

El peligro, la confusión, no solo está en la perfección de las ilusiones sino en su opuesto, la negación de las mismas, el tenerlas, huirles, descartar la esperanza, el no buscarlas, el desterrarlas; por suerte, aún podemos habitar la esperanza de que el olvido es un recuerdo desmayado. ¿Si los docentes olvidan enseñar, cuáles son esos olvidos? Pregunta que se instaura a lo largo de esta investigación.

Lenguajar el poder es adentrarnos por los lenguajes que los poderes administran y su forma de configurar humanidades. Los poderes, en ciertos momentos, generan lenguajes del horror; en otros del amor, luego agilizan los del compromiso y cuando así lo precisan, instauran lenguajes del olvido, es decir para olvidar y para hacer olvidar. Los profesores que tienen poder a veces no detectan sus lenguajes de poder y tampoco los derivados de este, por tanto, este interés nos mueve a pensar que en el olvido de los docentes, bastante tienen que ver los lenguajes que se habilitan por algunas épocas para favorecer unos olvidos, donde la poiesis parece quedar en manos de grandes poderes.

De acuerdo con Meirieu, autor de *Frankenstein Educador*, la poiesis se entiende como un proceso de fabricación que termina cuando se ve que ha culminado su objetivo, allí el olvido pasa por el sujeto, ahí el olvido puede ser fabricado. Esta poiesis se contrapone a la práctica porque no tiene una finalidad externa a sí misma. En este sentido se observa el carácter perverso de la poiesis en tanto cosifica al sujeto, que surge a partir de la utilización de

la técnica expresada en unos saberes, unas capacidades que producen un resultado objetivable, medible, cuantificable, un sujeto ajeno por completo a su creador, olvidado por su dios; es una pedagogía del sometimiento propia del poder, donde enseñar es un instrumento del poder (Meirieu 1998, p. 80) establece que «si se reconoce el carácter irredimible de la decisión de aprender, si se acepta que el aprendizaje es aquello por medio de lo cual un sujeto se construye, se supera, modifica o contradice las expectativas de los demás respecto a él, es imperativo que la educación escape al mito de la fabricación»;

la fabricación del sujeto es, por tanto, uno de los grandes objetivos del poder que los profesores a veces olvidan, como olvidan que también pueden crear monstruos del olvido.

En el tercer milenio ya no es la escuela el templo del saber, ya no es el docente el mago que todo lo sabe; es alguien que facilita, es alguien que por respetar formas y formatos olvida enseña a pensar para sujetarse a la técnica, a los lenguajes de moda; por esto, debe olvidar que todo es enseñable y recordar que, justo al frente, tiene a un sujeto, un ser humano que como él es alguien, con memoria y olvido.

Hay un lugar de la memoria para el olvido, una lucha entre memoria y olvido como reseña Ricoeur (2004, p. 352) «el olvido es percibido primero y masivamente como un atentado contra la fiabilidad de la memoria. Un golpe, una debilidad, una laguna. La memoria, a este respecto, se define al menos en primera instancia, como lucha contra el olvido». ¿Si olvidamos la escuela con su ánimo conservador, existirá un paso a la renovación? Es donde el olvido parece importante. No todo olvido aparece, entonces, como problemático.

Es necesario reconocer que la función y el concepto de escuela y de educación se han ido relevando y revaluando. Esto probablemente se deba al desarrollo social, a factores económicos y, por supuesto, a lineamientos políticos, tensiones entre renovar y conservar, tensiones entre memoria y olvido. En este sentido, la práctica docente se modifica, le corresponde asumir nuevos roles. No es de olvidar que a la educación se le ha señalado o acusado de reproducir los intereses de la clase dominante, por tanto, de generar una educación y una didáctica para el empleo, que sirve a los dueños de los capitales; lo complejo es que padres, estudiantes, comunidades y docentes tienen esa clara misión: educar para trabajar; una conciencia colectiva, entendida la conciencia como un contrato social que se tiene con uno mismo.

Rodrigo Parra en *Pedagogía de la desesperanza* (1989), por medio de estudios etnográficos busca responder en el contexto de la educación en zonas marginales urbanas de Colombia, la pregunta ¿en qué consiste el fenómeno sociopedagógico de la pedagogía de la desesperanza y cómo este afecta la calidad de la educación? Dando relevancia a los docentes y la relación escuela-comunidad, al proceso pedagógico y a la capacitación de los maestros en contextos marginales urbanos.

Dentro de estas indagaciones, encontramos la investigación «Los miedos en la infancia y la adolescencia», un estudio descriptivo realizado en España por la Universidad de Murcia, y liderada por el psicólogo Francisco Xavier Méndez y otros cinco investigadores (1997). En dicho trabajo, hallamos inventarios de los miedos de los infantes y adolescentes de ambos sexos, estableciendo un orden cronológico en el tipo de los miedos que los afectan, constituyendo una prevalencia de los miedos en función de la edad y sexo. Es así como concluye que las niñas son más susceptibles a los miedos en todas las escalas, en donde

los niños puntuaron más alto. Es decir, la magnitud de las diferencias fueron moderadas en general como: altas en miedos físicos y bajas en miedos sociales. Estos son cambiantes de acuerdo al desarrollo biológico. Los miedos físicos y sociales variaron de acuerdo a la edad en el siguiente patrón: incremento hasta los diez años, y disminución progresiva a partir de esta edad.

En Chile en el 2009, se da cuenta de la investigación «Los buenos profesores, educadores comprometidos con un proyecto educativo», llevado a cabo por Silvia López de Maturana. Esta investigación destaca la definición de «buenos profesores», concepto que no es ingenuo ni falaz, y que tiene claras implicaciones éticas y profesionales; se refiere al trabajo profesional bien hecho y al reconocimiento social y político de padres y alumnos.

La investigación hace uso de la potencia epistemológica explicativa de la acción educativa cotidiana que llevan a cabo los docentes en la escuela. Destaca que es impostergable investigar a los buenos profesores puesto que una parte significativa del trabajo del profesorado no es eficiente.

Para Silvia López, la expresión «buenos profesores» sintetiza la necesidad imperativa de impulsar un cambio radical en la cultura escolar, capaz de recuperar la importancia y trascendencia sinérgica de la profesionalidad docente.

Existen otra serie de investigaciones que se interesan por la memoria, por el olvido y, en la mayoría de los casos, por el papel del maestro en la conservación de los valores tradicionales, donde también se les exige

ENGUJEAR EL PODER. LOS OLVIDOS DE LOS DOCENTES
¿LA MEMORIA ESCINDIDA?

renovación, en una suerte de paradoja que no se basta con la contemplación.

Por los caminos y los datos

El presente documento deviene de una investigación en la que cinco docentes relatan los olvidos a través de sus historias de vida. En aquellos relatos autobiográficos se enfatiza en los olvidos, es decir, se extraen aquellas categorías que tornan la mirada por los olvidos. A lo anterior destaca Ferrarotti (2001, p. 108) que,

la historia de vida se me presenta entonces como una historia de restricciones que pesan sobre el individuo –un conjunto de condicionamientos más o menos determinantes–, y al mismo tiempo como un complejo de estrategias de liberación, que el individuo pone en juego aprovechando las buenas ocasiones, los atisbos intersticiales.

Es decir, al liberar la historia, al sacarla del encierro individual, se dona al colectivo, a la humanidad misma para que luego de ser interpretada entregue algunas respuestas a los problemas de nuestro tiempo, e incluso se puedan tomar acciones para que aquello problemático se pueda subsanar.

Para los análisis se hace una hermenéutica en que se supere la idea causa-efecto, pero donde se encuentren conexiones entre el relato individual y la vida colectiva, el mundo cultural y social que rodea a los docentes, hombres y mujeres que laboran en el Eje Cafetero, una región de la Zona Andina colombiana. A la movilidad hermenéutica refiere Gadamer (1998, p. 371) que

«La reflexión hermenéutica ha elaborado así una teoría de los prejuicios que, sin menoscabar el sentido de crítica de todos los prejuicios que amenazan el conocimiento, hace justicia al sentido productivo de la comprensión, que es premisa de toda comprensión».

Desde esta posibilidad de no caer en el mero prejuicio, la discusión se acompaña de teóricos y actores que han abordado los temas que aquí interesan en torno al olvido.

POR LA OBJETIVACIÓN DE LA PREGUNTA

Uno de los grandes intereses de esta búsqueda consiste en una pregunta raíz que fue moviendo el proceso: ¿Si los docentes olvidan, en qué consisten sus olvidos? De ahí se desprende la dinámica de reconocer esos olvidos y la manera en que influyen en los ejercicios académicos y en sus vidas mismas, puesto que cualquier olvido no solo determina un acto pedagógico sino que influye en la sociedad misma. No porque el olvido en sí sea peligroso sino porque de olvido en olvido se construye una sociedad que se niega a reconocerse en sus precariedades y en sus apetencias, que se detecta en el presente trabajo.

No corresponde huir del olvido como si fuese un error que apeste, es reconocer que se puede aprender del error como nos sugiere Astolfi, por tanto, también se puede aprender de los olvidos para no repetir aquellos caminos del dolor, de la ignominia humana, sin caer en el racismo de Platón (1994, p. 344) donde se configura que «Todo lo que es obra de la inteligencia y del pensamiento es laudable y, lo contrario, reprensible»; ese mundo de las ideas donde hay modelos perfectos, donde se condena lo popular no puede ser el lugar de la educación, no puede seguir siendo el lugar de la humanidad, cualquier ideal de perfeccionamiento, de ideas y hombres perfectos es una selectividad tan peligrosa como la exclusión automática que la idea misma genera.

ABORDANDO LA TEORÍA DE LOS OLVIDOS

Un pueblo jamás puede olvidar lo que antes no recibió
Josef Hayim Yerushalmi

Es imposible olvidar lo que no se ha recibido; el ignorar algo también puede ser una suerte de olvido, si ese ignorar

se constituye en camino para volver invisible al otro. Se parte de una presunción inicial, el maestro en ejercicio de su acción pretende enseñar. Ahora bien, si nos dirigimos hacia una pregunta amplia, tal vez deberíamos indagar ¿Qué enseñan los maestros cuando olvidan? ¿Qué es el olvido? Algo nos sugiere la poesía, no porque estucture la respuesta sino por su mismo rodeo de incertidumbres, por su ámbito creativo:

Solo una cosa no hay. Es el olvido.
 Dios, que salva el metal, salva la escoria
 y cifra en su profética memoria
 las lunas que serán y las que han sido.
 Ya todo está. Los miles de reflejos
 que entre los dos crepúsculos del día
 que tu rostro fue dejando en los espejos
 y los que irá dejando todavía.
 Y todo es una parte del diverso
 cristal de esa memoria, el universo;
 no tienen fin sus arduos corredores
 y las puertas se cierran a tu paso;
 solo del otro lado del ocaso
 verás los arquetipos y esplendores. (Borges)¹

Este juego de paradojas y metáforas borgianas nos ponen a pensar los contornos del olvido, en sus retornos. Para los hindúes, cultura no occidental, el tema no es menor, «la literatura india recurre a imágenes de ataduras, encadenamientos y cautiverio, alternando con las del olvido, el desconocimiento y el sueño, para señalar la condición humana» (Eliade, 1966, p. 4). En este punto, si lo que nos dice el autor es correcto, podemos vincular el olvido con el hecho de ser humano, como una característica intrínseca del ser humano y de su condición, incluso, se lee como una necesidad humana: olvidar para aprender.

El Dighanikaya (I, 19—22), afirma que los dioses caen del cielo cuando su memoria falla y se encuentran con una memoria confusa, al contrario, aquellos dioses que no olvidan son inmutables, eternos, de una naturaleza que no conoce el cambio. *Olvidar* es el equivalente, por un lado a dormir y, por otro, a la pérdida de sí mismo, o sea a desorientarse, a tener los ojos vendados (Eliade, 1966, p. 5).

Encontramos varios elementos: primero, el olvido se asocia con una caída, con un descenso, y si se quiere con el caos («...se encuentran con una memoria confusa»); segundo, el olvido implica la posibilidad del cambio, es decir, en el olvido podría encontrarse también una contingencia para la transformación; tercero, la imagen del olvido se asocia con ceguera, con el no ver y, extendiendo un poco más el lenguaje, el olvido sería una posible forma de muerte.

También explica Eliade (1966, p.7) que «en el Fedro de Platón se nos recuerda que los seres perfectos no tienen necesidad de recordar». Es evidente que el olvido y la memoria han tenido un lugar importante en todas las culturas, no siendo los griegos la excepción que, incluso, encarnaron en Mnemosine, la diosa de la memoria y madre de las musas, porque ella «sabe todo lo que ha sido, todo lo que es y todo lo que ser». Entonces, Mnemosine, como fuente de inspiración de los poetas, se vale del recuerdo, esto es del pasado; de esta forma el poeta detenta la posibilidad única de descender a otro mundo, espacio vedado para otros mortales, el mundo del recuerdo en el cual se halla el conocimiento y así lo que se ha olvidado, es decir los hechos del pasado, se recobran, se sobreponen, de alguna forma, a la muerte.

Existe, en la mitología griega, un lugar, o mejor un espacio, destinado exclusivamente para el olvido, el Leteo. El Leteo, uno de los ríos del infierno al cual eran llevadas las almas de los mortales al morir, se obligaban a beber de sus tranquilas aguas del olvido, que les borraba los recuerdos de la vida anterior. En tal caso, los muertos ya no tenían

¹ Borges. Poema Everness. http://www.versos.net/poemas_borges/el_olvido.html

memoria, espíritus que olvidaban, desmemoriados de su pasado. No obstante, Leteo ha sufrido variantes como advierte (González 2010, p. 47) ya que hay un momento en que *letos* que se traduce como olvido pasa a ser verdad, aleteia:

Aleteia, αλήθεια que se desglosa en a, sin; lete, λήθε, olvido, aquello que no está oculto, que es evidente, que no se olvida. Uno de los cinco ríos del hades era Lete, el olvido, y ya sabemos que al anteponer la a, queda aleteia, la traducción es sin olvido o lo inolvidable, tiempo después fue que la expresión se transformó en verdad; ahora, entre inolvidable y verdad si existe distancia.

Más allá del mito, la memoria y el olvido nos constituye. Sin olvido no hay memoria, solo memoria de olvidos, sin embargo los profesores saben que no todo es olvido, pero que existen olvidos bastante imprudentes, grandes como los mares y más extensos cuando la memoria es opaca como refiere Abad (2007, p. 137) . «La memoria es un espejo opaco y vuelto añicos, o, mejor dicho, está hecha de intemporales conchas de recuerdos desperdigados sobre una playa de olvidos». Acudir a los recuerdos de los profesores, a las conchas esparcidas en la playa del olvido es un valioso pretexto para interesarnos por los olvidos de los docentes.

¿Si los muertos son los que olvidan, cómo es que un profesor que tiene vida olvida enseñar algo? de hecho, se está transitando por una paradoja, también los vivos pueden olvidar, también los vivos olvidan, borran de la memoria ciertas cosas, es más, se mueven entre perdón y olvido como una concesión, como recurso de subsistencia.

OLVIDO, NO COMO MUERTE

Si el olvido es un recuerdo desmayado, entonces, podremos persistir para rescatar aquello que se encuentra en algún lugar de la mente o en algún lugar del *omniverso*. Tornar a la pregunta ¿qué han o hemos olvidado enseñar los docentes?

es fraguarse una respuesta ambigua, insatisfecho quedará el interrogante. Lo cierto es que algo hemos olvidado. Pauwels y Bergier (1994, p. 84), en su el texto *Retorno de los brujos*, pone en boca de la modista de María Antonieta, Mademoiselle Bertin, la siguiente expresión: «No hay nada nuevo, salvo lo que se ha olvidado». El olvido aparece así como una negación del conocimiento, lo olvidado y jamás recordado surgiría así como lo nuevo.

Es indudable que los docentes, como humanos que son, esperan que las máquinas no los reemplacen del todo, se enfrentan a las contradicciones del olvido. Ya en García Márquez el olvido era una peste, en *Cien años de soledad*, se luchaba contra el olvido escribiendo las funciones de las cosas, poniendo los nombres visibles e incluso indicando las técnicas para utilizarlos.

Olvidar como peste es muy diferente a caer en el artilugio de querer olvidar; en la novela, la comunidad macondiana logró aliviarse del olvido, no así el Estado que los tuvo olvidados hasta la desaparición misma del pueblo que nunca registró en sus anales.

Ocurre, sin embargo, que los olvidos de los docentes son más deplorables que los de otras profesiones, porque marcan para el resto de la vida el devenir de una persona o de una comunidad. Como sabemos, el olvido de un médico puede ser la sepultura de su cliente, en tanto que los de un docente pueden ser la sepultura de una comunidad.

Los docentes son parteros y porteros, trabajan con sustancia humana. Son parteros, en el sentido de Platón, de conocimiento para otros seres humanos; y son porteros porque están en capacidad de indicar una salida. ¿Qué olvidan los docentes? Hay olvidos críticos, severos, como lo denunciaba con cáusticos argumentos, Celma (1981, p. 31)

en la plena efervescencia de Mayo de 1968: «Los maestros y los profesores son verdaderamente una institución de escleróticos, una cohorte de bastoneros paralíticos. El nivel de preocupación y de autocrítica es prácticamente nulo. Las cosas son como son y está muy bien así.

Los docentes han olvidado inclusive la existencia de los niños. También se podrán tener versiones más alentadoras del ejercicio docente, olvidar los esfuerzos denodados que han desplegado en aulas poco contribuye a la pregunta por los olvidos.

Es cierto que los dioses de las religiones modernas olvidan, no era el caso de los dioses griegos como bien nos muestra Homero en su *Ilíada* y *Odisea*. Ya es tiempo que los docentes no olviden enseñar que el futuro es una construcción y que nada vendrá por acción de dioses, eso funciona con eficiencia en las mitologías o en las tragedias de nuestros poetas, pero al pedagogo le corresponde presentarse en esperanza por difíciles que acaezcan los acontecimientos, por turbio que aparezca el horizonte, por demasiadas sombras que se le inventen al mañana.

Para Freire (1975, p. 22) el olvido de la práctica pedagógica es un problema del sujeto docente que no se respeta ni así mismo: «¿Cómo puedo respetar la curiosidad del educando si, carente de humildad y de la real comprensión del papel de la ignorancia en la búsqueda del saber, temo revelar mi desconocimiento?» Olvido no es lo mismo que ignorancia, pero abandonar la obligación de tener cierto conocimiento mínimo para compartir con los educandos es una demanda por la ética, por la misma actitud amorosa, como continúa Freire al cuestionar: ¿Cómo ser educador si no desarrollo en mí la necesaria actitud amorosa hacia los educandos con quienes me comprometo y al propio proceso formador del que soy

parte? Y luego insiste que «el olvido a que está relegada la práctica pedagógica, que siento como una falta de respeto a mi persona, no es motivo para no amarla o para no amar a los educandos». Nos seduce a pensar que no por olvidados y olvidadizos tornemos las acciones al odio.

Es importante preguntarse si el olvido podría verse no solo en términos nefastos ¿Habrá olvidos necesarios? Hay quienes aseguran que el olvido de ciertas dificultades, el no cargar con recuerdos insanos sirve para recobrar la calma; esto puede contradecir la idea de que una cosa es perdonar y otra muy diferente y hasta perversa llegar a olvidar. A menudo se dice que el maestro debe olvidar lo que sabe, debe desaprender ciertos rigores que le impiden movilizarse, que le impiden flexibilizar sus posturas.

En fin, es esta una búsqueda del sujeto docente, a partir de lo que ha dejado de ser, de lo que ha olvidado; a partir de su muerte y de su renacer, de su configuración y reconfiguración, a partir, como ya dijimos de sus historias de vida, de sus narraciones vitales. Expone Ferrarotti (2011, p. 108) que,

la historia de vida puede ser vista, desde esta perspectiva, como una contribución esencial a la memoria histórica, a la inteligencia del contexto. Sin embargo, ligar texto con contexto no es tarea sencilla como parece a primera vista. No se trata solo de un asunto de aproximación de datos, más o menos pertinentes. Entre historia e historia de vida hay una línea de demarcación que puede fracturarse.

En este caso, el interés central son los olvidos, los olvidos del acto docente, no como proceso aislado individual sino como una posible marca de época.

RECORDANDO LOS OLVIDOS. OLVIDOS QUE DECONSTRUYEN EL EJERCICIO DOCENTE

Hacer memoria para los olvidos es una paradoja, ¿cómo recordar los olvidos? Lo que aquí se pretende es listar algunos

de los olvidos más dramáticos en el ejercicio docente, olvidos que deconstruyen, pero que no necesariamente destruyen el acto docente, lo que sí ponen en riesgo es el mismo devenir de una comunidad que sigue creyendo en la educación como reserva moral de la humanidad.

No es que el olvido sea una totalidad insalvable, ya advierte Colodro (2004, p. 112) exponiendo que «el otro aparece siempre como irreductible en cuanto totalidad, ya que lo expresado por él no es necesariamente todo lo que se expresa y nunca es seguro que lo expresado sea exacto o la realidad de lo que se quiere expresar». Entonces, el olvido no puede ser expresado en su totalidad, la idea misma de condensarlo se escapa, excede a la misma pretensión lingüística de totalidad, sin embargo, sí hay casos puntuales por explorar, como cuando se olvida enseñar la libertad o la misma condición humana, a propósito de Arendt.

Figura 1. Olvidos de los docentes. Una condensación de los principales olvidos de los docentes



Fuente: Miguel González (2012)

Los olvidos graficados hacen parte de los más connotados, de aquellos que se registran con mayor fuerza en los diálogos, no obstante, existen otra variedad de olvidos

dramáticos en el ejercicio docente que se van visualizando e interpretando a lo largo de esta investigación.

Olvidamos enseñar la libertad

Las teorías y las escuelas, como los microbios y los glóbulos, se devoran entre sí y aseguran por su lucha la continuidad de la vida.
Proust (2000, p. 277)

La discusión por las teorías, por las escuelas, por sus rivalidades y sus rupturas, nos pone a reflexionar en que esa es una potencia de la libertad, el no olvidar parte de su pasado, el biológico o el de las ideas, como quiere tensionar Proust.

Indica en su historia de vida uno de los profesores: «De tanto hablar de libertad ya olvidamos enseñarla, caímos prisioneros de lo que defendemos». La escuela, como parte del sistema educativo tiene bastantes similitudes con el sistema penitenciario, de hecho Bentham habló del panóptico, donde todos son vigilables, cual sucede con hospitales, cárceles, centros educativos, y ahora los centros comerciales. Los reclusos a la celda, los enfermos al hospital, los dementes al nosocomio, los muertos al cementerio, los compradores a las cavernas comerciales, los estudiantes al aula; en la cárcel reos y guardianes, en la escuela profesores y coordinadores; los reclusos obligados a realizar trabajos forzados, los estudiantes a sufrir con tareas, problemas y ejercicios; uniforme para los internos y los estudiantes ajustados a un uniforme que pretende estandarizarlos, volverlos iguales, pero inteligentes e innovadores ¿es posible?

«¿Se puede enseñar la libertad cuando la libertad misma es coartada, cercenada en el aula?», escribe otra

de nuestras profesoras. En un texto esclarecedor sobre este asunto, Fernando Savater habla del papel de la libertad en la educación; acepta que existe una especie de tiranía por parte de los adultos que se esconde bajo las consabidas fórmulas discursivas que disfrazan la coerción con un manto de protección y hasta de benevolencia... «Obligamos a los niños muchas veces a hacer cosas que no quieren».

Lo más aberrante, lo más contrario a una educación que propenda por la instauración de un espíritu libre en los estudiantes, en la mayoría de los casos, la libertad es solo del profesor que impone sus métodos.

Este temor o miedo a la libertad, sembrado tan efectivamente en el ámbito educativo, es la cuna de uno de los grandes olvidos de los docentes: no se enseña a ser libre, porque la misma práctica es un ejercicio de coerción. En general, el docente se apoya en dispositivos de poder como el autoritarismo, la ritualización, la falsa concepción de la disciplina, la limitación de la creatividad, el individualismo a partir de fijar un estereotipo de estudiante maleable, manipulable y al fin de cuentas pasivo, sometido, sin criterio propio, sin autonomía; dando cabida a un sujeto sin singularidad, pero sin colectividad, un sujeto fácil de manejar. Indica uno de los docentes que: «El olvido de la libertad, es un olvido de carácter político, ser autoritario y no prodigar libertad facilita la dominación y la humillación del sujeto».

Se revive aquí la pregunta: ¿A qué le llamaríamos libertad? «Tal vez, es aquella que nos permite elegir caminos sin guía o aquella que nos permite explorar la vida a riesgo abierto», responde uno de los profesores. Sin duda, necesitamos de una libertad para gozarnos los espacios de aprendizajes, para disfrutar la alegría de aprender; pero la libertad en el aula es un olvido apaciguado, reprimido. Preguntarse si estamos admitiendo que los estudiantes sean libres, podría ser un buen comienzo para reconocer el propio ejercicio que de la libertad se hace, porque cuando es un dominio, cuando se manda a los demás a que sean libres, se cae en lo que Fromm (2006, p. 194) cuestiona: «Mandar sobre otra persona, cuando se pueda afirmar el derecho de hacerlo por su bien, aparece muchas

veces bajo el aspecto de amor, pero el factor esencial es el goce nacido del ejercicio del dominio».

Entonces, interrogarnos si estamos permitiendo la libertad en los estudiantes requiere de una dialéctica entre ética y política. ¿De dónde puede surgir el olvido de formar estudiantes libres?

Quizá, en el de no querer desentrañar la realidad social, económica, política y educativa de una región o país, tal vez, el de no permitir que la intuición del estudiante se forje en construirla. Es posible que la libertad en el aula haya quedado relegada a un simplismo disfrazado de orden, pensar que los maestros ofrecen libertad a los estudiantes es una idea bastante generosa. Vivir libremente es respetar y al mismo tiempo es decidir, es ejercer un derecho, ya dice Fromm (2006, p. 248) que:

El derecho de expresar nuestros pensamientos, sin embargo, tiene algún significado tan solo si somos capaces de tener pensamientos propios; la libertad de la autoridad exterior constituirá una victoria verdadera solamente si las condiciones psicológicas íntimas son tales que nos permitan establecer una individualidad propia.

De ahí que cuando no se enseña ni se practica la libertad es probable que también estemos olvidando enseñar la felicidad.

Olvidamos enseñar la felicidad

«Vamos siendo profesores del olvido, olvidados desde ya, porque no enseñamos la felicidad», refiere en su historia de vida una profesora. Esta afirmación se refleja en el poema de Borges, *ya somos el olvido que seremos*.²

²Borges, J. L. (2008). *Ya somos el olvido que seremos*. En: <http://blogs.periodistadigital.com/juliosanfrancisco.php/2008/07/21/p180280>

Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora/
y que fue el rojo Adán y que es ahora/
todos los hombres y los que seremos.

Ya somos en la tumba las dos fechas
del principio y el fin, la caja,
la obscena corrupción y la mortaja,
los ritos de la muerte y las endechas.

Es posible que, a manera de discurso, la felicidad opere en el ejercicio académico, aunque como práctica se encuentre muy venida a menos, pero ¿cómo podemos hacer conciencia de que somos o no felices? Esto porque el estado de ánimo salta de un lugar a otro frente a cualquier hecho lingüístico o material. ¿Se le puede enseñar a alguien a ser feliz? Existen aparentes fórmulas como aquella de San Agustín que insistía en decir que deseemos poco y lo poco que deseemos lo deseemos poco, como una fórmula para no ser infelices en ese excesivo desear. Es probable que se tenga una confusión semántica, se dice que hay felicidad porque solo es mía y para mí, una felicidad egoísta, pero también existe una idea de felicidad colectiva o éxtasis grupal como el que se da en escenarios deportivos, religiosos, festivos u otros actos de asistencia masiva, pero se itera la pregunta: ¿es eso felicidad?

Puede parecer un asunto sutil, pero en realidad hay una gran distancia entre la alegría y la felicidad. Desde el punto de vista idiomático, hay quienes apuntalan entre estos dos conceptos una diferencia a partir de la dicotomía que existe entre ser y estar. Siendo así, la alegría se limitaría a un estado efusivo momentáneo: estoy alegre; la felicidad se ataría al verbo ser: soy feliz, serás feliz.

Para el poeta Jerome David Salinger: «La diferencia entre la alegría y la felicidad es que la alegría es un líquido y la felicidad un sólido».

Ahora bien, la felicidad es una condición que difícilmente logra superar los muros de la escuela. Es como si los escolares, docentes y todos aquellos que ingresan al edificio del supuesto saber, se despojaran de lo que tienen de felices y lo dejaran allí justo antes de cruzar la puerta. Probablemente en la escuela la felicidad está prohibida y a duras penas lo que vivimos en ella son instantes de alegría. En esa sociedad del control y en ese sentido la distopía de Huxley en *Un mundo feliz*, nos muestra una sociedad en la cual hay avances tecnológicos, salud física y aparentemente hay suficiente orden. En tal sociedad existe un ideal universal de felicidad que se sobrepone a los deseos individuales, a la libertad de pensamiento y de acción, todo es manipulado desde el poder para que los ciudadanos sean felices de manera artificial, esto es una felicidad sí, pero sin espíritu, una felicidad fabricada. ¿No será posible que en nuestra escuela también se esté fabricando la felicidad como se fabrica la verdad?

A fin de cuentas es una escuela, una empresa del Estado donde se sacan hombres en serie que propende por la estandarización, por el ritualismo excesivo; una escuela que se preocupa más porque los niños cumplan con sus deberes para que no reclamen sus derechos.

¿Somos felices? La felicidad debe ser un común denominador dentro de los procesos formativos del ser humano. ¿Pero qué es felicidad? En palabras de Strozzi (2006), la palabra felicidad es una de esas que todos sabemos usar, pero de la cual nadie sabe qué quiere decir. ¿Cómo comprendo la felicidad? ¿Es mi felicidad un olvido? Es indudable que ser maestro es preguntarse por el cómo se está comprendiendo la felicidad, por el cómo la está enseñando y poniendo en práctica. A afirma Abad (2006) que «El mejor método de educación es la felicidad». ¿Mediante qué didáctica podemos enseñar la felicidad? Por ello mi propia felicidad no puede ser un olvido, hay que encontrar rutas posibles para no ser ladrones de la felicidad, humilladores de sí mismo.

¿Hacemos felices a nuestros estudiantes?, ¿hacemos felices a las personas que nos rodean? Una de las historias de vida responde:

«Más que la felicidad podemos estar enseñando a no ser fracasados, a formar personas exitosas creyendo que con ello la felicidad existe». De hecho, podemos tener hombres o mujeres más inteligentes, pero menos humanos y, por tanto, menos felices. Si eso es cierto, el proyecto educativo es un fracaso si no enseña la libertad ni la felicidad, ¿qué le queda?, acaso *enseñar el miedo?*

Olvídamos enseñar la audacia para confrontar los miedos

Enseñamos el miedo. «A veces, da miedo estar en estas calles, da miedo mirar al otro, produce miedo el futuro, genera miedo un alimento, cualquier ruido produce miedo; el miedo es uno de los negocios más lucrativos de la época», destaca uno de los docentes; de ahí las grandes empresas aseguradoras, el miedo es, evidentemente, un gran negocio. A través del miedo se doman espíritus, se coartan vidas, se castran mentes. El miedo es una gran invención, muy útil para el poder. El miedo es un socio inseparable de la ignorancia; quien no se atreve no aprende, o lo que es peor, aprende solamente aquello que otros, los poderosos, desean que aprenda. Ahora bien, es evidente que el miedo puede leerse, y debe leerse desde muchos lugares.

Así, se pueden hacer aproximaciones al miedo a partir de la biología, el que no se adapta desaparece; *de la psicología, miedo a lo que el otro piensa;* de la sociología, el miedo como expresión cultural, como forma de control. El miedo surge como un mecanismo de dominación excepcional que garantiza la continuidad de los sistemas y del *statu quo*.

El poder se vale de múltiples herramientas para garantizar la implantación del miedo en los hombres: la iglesia, el Estado, el sistema penitenciario, los medios de comunicación, las fuerzas militares, los aparatos de justicia, el sistema fiscal y, por supuesto, el aparato educativo. Celma (1981, p. 104) no se guarda nada al decir que,

educar a alguien es enseñarle a las buenas o a las malas un cierto número de interdicciones, un reglamento social, una conducta planificada. El objetivo consiste en angustiar a la gente, el miedo al gendarme, el pecado, la vergüenza por la falta cometida, todas las culpabilidades de que se sirve el poder para gobernar una clase social.

El miedo, ni más ni menos, en manos de los profesores.

¿Cuáles son los efectos del miedo en la educación? El catedrático chileno Fabres (2005, p. 3) explica que «el miedo es, sin duda, una experiencia dolorosa y paralizante, que disminuye la felicidad de vivir en niños y adultos. Un estudiante asustado es un alumno que se retrae, que no explora ni busca nuevos horizontes, solo busca la seguridad y, por lo tanto, no tiene capacidad de arriesgarse». Los docentes tenemos miedos, somos presa de ellos: miedo a perder el trabajo, miedo a las autoridades educativas como directores y supervisores, miedo a la competencia de los compañeros docentes, miedo a no ser competente, miedo a que un estudiante lo confronte.

Este olvido, el de vivir el miedo pero no afrontarlo y no tratarlo es un olvido socio-cultural que implica la formación de un grey incapaz de exigir sus derechos. Se tiene así un conglomerado de sujetos asustadizos que buscan protección precisamente en las instancias del poder, que a la manera del *Gran hermano* y su Ministerio del amor de Orwell, vigilan sus vidas, las controlan, castigan, se hacen amar idólatramente y, por tanto, erigen los enemigos y monstruos falaces que generan el miedo y la desazón.

¿Qué miedo del miedo? ¿Qué miedo del olvido? Se podría aseverar que el miedo no lo puede temer al miedo. El ser

humano le teme a lo que conoce, a lo que no conoce y a lo poco conocido, es decir que se encuentra con el miedo y se siente como un náufrago y puede llegar a caer en un estado de angustia, angustia de existir. El miedo simboliza debilidad o supervivencia, sin darnos cuenta le tenemos miedo a todo, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, salimos de la casa y somos temerosos por las personas que nos rodean. Se tiene miedo a ideas nuevas, al poder, a estar equivocado, a no tener la verdad, a la sociedad y a todo aquello que nos desestabiliza. ¿A qué no se le tiene miedo?

Los docentes, en muchos casos, olvidaron enseñar la audacia por dedicarle demasiado esfuerzo al miedo, por deificar el miedo, no solo como forma de control sino como posible extensión de la debilidad misma del docente que, por abandonar los territorios de la esperanza, decide enseñar el desencanto.

Olvidamos enseñar la esperanza para enseñar el desencanto

Se ha olvidado la esperanza como tema de aula para dar paso al desencanto, preguntarse por ¿cuáles son nuestros relatos del desencanto? ¿En las actuales circunstancias, para qué son útiles textos que propician el desencanto? El desencanto va más allá de la definición fría y escueta que nos puede entregar un diccionario, es más que la perdida de la ilusión, es una negación vital; es, en tanto, desencuentro, una lectura diferente, una posibilidad creadora o, como la mayor de las veces, un muro infranqueable. Un primer desencanto aparece con la pasividad y el silencio. «Me desencanto de muchas cosas y creo que las enseño», escribe una de los docentes en su historia de vida.

Hay que estar palpitando bajo la pregunta de William Ospina (1999, p. 12), un interrogante que suena a reclamo, a grito desesperado, pero también a esperanza: «¿Qué es lo que hace que Colombia sea un país capaz

de soportar toda infamia, incapaz de reaccionar y de hacer sentir su presencia, su grandeza?». No solo Colombia, Latinoamérica y el mundo nos desencantan cuando aparecen las armas imponiendo su veredicto, cuando se nos mueren niños de hambre en África o en cualquier basurero de las grandes ciudades. Hoy el desencanto ha tocado fondo, ha logrado sumergirse en lo más profundo de los corazones humanos para abatir la esperanza.

No hay que llamarnos a falsas ilusiones, a esperanzas del más allá; de lo cual previene Nietzsche (2005, p. 36) exponiendo que «La esperanza es un estimulante de la vida mucho mayor que cualquier felicidad verdaderamente experimentada». Experimentada es que no ha sido delegada para otro momento; luego insiste «con una esperanza del más allá (a causa de la propiedad de hacer desgraciado, la esperanza era considerada entre los griegos como el peor de los males, como el más astuto y maligno de todos, el que se quedó en el fondo de la caja de Pandora)» (Nietzsche, 2005, p. 36). Incluso, sugiere este provocador que hasta dignidad se requiere para tener esperanza, para no dejarse llevar por cantos de sirena.

¿De qué nos olvidamos con el desencanto? Es un olvido invisible, es un descreer que el futuro es posible, que hay algo allende de las fronteras que nos está proporcionando esperanza así se esté a la deriva; «El desencanto es un asunto de edad, un niño va aprendiendo a desencantarse, la vida se lo enseña y en la escuela hacemos bastante por consolidarlo», refiere uno de los profesores.

Olvidamos enseñar a estar a la deriva, a estar en riesgo

«No enseñamos a estar a la deriva, queremos puertos seguros, paraísos estables», escribe uno de los profesores, e insiste:

«Nuestra educación, dirigida desde arriba, nos impide tomar el control, por eso no sabemos hacia dónde va.

Ello nos produce una inseguridad mayor: desconocemos la ruta y el destino, pero estamos exentos de la responsabilidad de dirigir». La humanidad parece ir a la deriva y eso nos commociona, donde el docente lo primero que enseña a sus alumnos es el tener miedo, ¿quién, en tales condiciones, podrá aceptar ir a la deriva?

Ir a la deriva como olvido del Norte. El estar a la deriva no significa que se deba estar inmóvil, pero el estar en riesgo puede inmovilizar al ser humano. Nos agradan los puntos fijos, los mundos ordenados, los cosmos son nuestro rédito, el caos es una amenaza, la manzana que no sabemos confrontar porque nos han enseñado a estar y a permanecer dentro del orden, a no morder el riesgo.

«Queremos matar el riesgo, el ir a la deriva, por entregarnos al orden, hasta eso lo olvidamos, enseñar, la aventura», explica una profesora. Hay un olvido persistente de querer matar todo, como indica González (2011, p. 3), «A lo que parece, en cada siglo se asiste a unos olvidos de humanidad que conllevan al anuncio de la muerte del arte, de las teorías, del amor, de la vida, de los movimientos sociales, de los ambientes naturales o el fin de la historia si se quiere»; ese ir a la deriva no implica pensar en tánatos o eros, sino que induce a insistir en la autonomía, en la capacidad de autogestación.

Olvidamos enseñar la autonomía para instruir en los celos

Ya nos decía Benavente: «El que es celoso, no es nunca celoso por lo que ve; con lo que se imagina basta».³ Un tipo muy

especial de celos son los infantiles o complejo de Caín, que se manifiestan tras el nacimiento de un nuevo hermano. Al profesor le acaecen ese tipo de celos, cuando llega un nuevo compañero o cuando alguno de ellos sobresale.

Hay celos por el conocimiento del otro, por las relaciones del otro, se enseña desde muy temprano a dudar del otro, paso significativo para construir el odio, para dar paso a los celos, de lo cual avisa Abad (2007, 50) «Odiaba con toda el alma, con una fidelidad y una constancia en el odio, que ya se las quisiera para así el amor», esta referencia nos pone a pensar que tenemos buenos méritos para odiar, para celar, decisiones que parecen subyugar la idea misma del amor.

Entre odio, celos y amor, los docentes, sienten incertidumbre alrededor del empleo, agotamiento marcado por las exigencias del formato, el des prestigio social y la falta de espacios de autonomía que lo llevan a una carga emocional muy importante, dificultándole la tarea, provocándole insatisfacción académica, rutina y conformismo, siendo estos solo síntomas de un malestar más profesional y estructural.⁴

Según Abraham, en su obra: *El mundo interior de los enseñantes*, estos tienen una visión pesimista sobre su profesión, que los llevan, muchas veces, a guardar silencio y a esconder sus propias experiencias, sus propias prácticas, generando, al decir de De Jours, frustración en la tarea docente, perdiendo autonomía en su propio trabajo y convirtiéndose así en un simple técnico.

¿Y cuál es el papel de la educación y de los educadores en todo esto? Savater (2002, p. 148) asegura «que debemos formar un individuo capaz de ejercer la autonomía, de decidir, capaz de no tener al lado a un médico, un cura, un policía quien le diga en cada momento lo que tiene que hacer». El caso es que en el olvido por enseñar la libertad se permite la

³<http://www.proverbia.net/citastema.asp?tematica=91> (Recuperado en marzo de 2013).

⁴ Cfr. (Educar-portal educativo Argentino). Carina Cabo de Donnet. www.carinacabo.com.ar.

generación de seres humanos miedosos de construir su autonomía, con bastantes celos y una memoria escindida.

PERSISTENCIA DE OLVIDOS. LA MEMORIA ESCINDIDA

No solo basta con los anteriores olvidos, también aparecen otros que, como una fuga mitológica, nos ubica en escenarios comunes, en escenarios que pueden seguirse pensando, una paradoja a la suerte de Sísifo que sube la roca, la echa a rodar, pero desciende pronto para rescatarla del olvido, del abandono. Los olvidos de la escritura, de la escucha, de la paciencia y los éticos, hacen parte del *mea culpa* de la experiencia escolar. De hecho, para el profesor Calvo (2007) «Enseñar es asombrar con un misterio», valdría preguntar: ¿Es el olvido un misterio? Esto porque con memorias escindidas, con memorias selectivas, con memorias programadas, con memorias industriales, no es raro que olvidemos hasta que somos humanos.

«A veces hacemos memorización y otras rememoramos», escribe una de las maestras que participan con sus historias de vida. De los abusos de la memoria, de sus olvidos, del mismo acto de hacer memoria, la diferencia entre memorización y de rememoración, muy bien la describe Ricoeur (2004, p. 83).

Con la rememoración se acentúa el retorno a la conciencia despierta de un acontecimiento reconocido..., la marca temporal del antes constituye así el rasgo distintivo de la rememoración... La memorización, en cambio, consiste en maneras de aprender que tienen como objeto saberes, destrezas, posibilidades de hacer.

Por tanto, el olvido de lo que se puede rememorar no es lo mismo de lo que no se memoriza. ¿No hay conciencia despierta cuando se olvida?

Los olvidos de la escritura

Un buen escritor expresa grandes cosas con pequeñas palabras; a la inversa del mal escritor, que dice cosas insignificantes con palabras grandiosas.

Ernesto Sábato

«La escritura se ha olvidado, no solo es la ortografía sino el mismo deseo de escribir», ratifica una de las profesoras. Se promueve la lectura de manera contradictoria, lo que genera en el estudiante auténtica pereza por abordar libros. Olvidar la lectura es dar un paso importante para olvidar la escritura.

«Promover poesía, teatro o cuentística no es un asunto de los profesores de las ingenierías o de las matemáticas», insiste la misma profesora. La escritura, las figuras retóricas, la poética ha sido relevada por mensajes cortos, por emoticones que, en parte son revolucionarios, porque son otros símbolos, otros lenguajes, pero que parecen acortar el mensaje, acortar la palabra. Hemos olvidado que la escritura de los jóvenes y de los infantes, viene contradiciendo y poniendo en duda las palabras como las conocíamos, como las llevamos desde la tradición.

Hay una memoria escindida, sí, la historia nace dos veces, la filosofía dos veces y la misma humanidad dos veces. En el lenguaje nace la primer vez en la palabra, en la oralidad, edad de la palabra hablada, del ruido y nace una segunda vez cuando pasa a la edad de la escritura, a la edad de la historia; somos dos, unos ante la oralidad y otros ante la escritura; ahora, podríamos ser algo inédito con estas formas de comunicarnos y comprendernos en la cibernetica, en la era de los bites, en la era de las redes electrónicas, eso debemos aprenderlo y recordarlo para que en el ejercicio del aula no olvidemos enseñar la historia de la escritura que es la misma historia de la humanidad.

Los olvidos de la escucha

Los docentes olvidan enseñar la escucha. Existen demasiados hombres sordos o con audición selectiva, como lo cita Sófocles (2007, p. 37) en Edipo: «Tu eres bueno hablando, pero yo soy malo para escucharte». Esto sería un juego constante; el uno, docente, habla; y el otro, estudiante no escucha o, cuando el estudiante habla el docente no escucha porque sigue en sus propios rumores. Huxley nos advierte, y de qué forma, al indicarnos que *las palabras están abí para explicar el significado de las cosas*, de manera que quien las escucha, entienda dicho significado.

Escuchamos cuando queremos, lo que queremos, pero qué realmente escuchamos y a quién; escuchamos a nuestros padres, a nuestros docentes, a nuestros alumnos. ¿Por qué solo escuchamos lo que queremos oír?

siempre tenemos que estar pendientes de la realidad que existe a nuestro alrededor, «El escuchar puede ser la transformación de nuestra vida en medio de un contexto de sordos» (Lenkersdorf, 2008, p. 20). Tal vez, como si estuviésemos en una sociedad de sordos, sordos selectivos, con escucha distinta y distorsionada.

Recuerdos y olvidos del pasado y del presente. Las palabras son tan livianas como el viento, pero tienen un poder tan grande como el universo, que con una palabra se puede vivir y por una palabra se puede morir. Una profesora escribe:

¿Qué recuerdo de mis docentes? ¿Qué olvidaron mis docentes? Que éramos niños, que podíamos aprender con lúdica, no con tanta rigidez, que no nos podían obligar a ser parte del *Opus Dei*, que éramos católicas pero no nos podían obligar a rezar todos los días el rosario, a ir todos los días a misa. Aunque en el momento pudo haber sido

ignorancia, ahora es un recuerdo, y es algo que nos quedó guardado para siempre y que no me gustaría infundirles a mis hijas; creo que el ejemplo de los padres es el mejor camino que ellos pueden seguir, sin obligarlos a nada.

Se enseñan religiones, ciencias, altas teorías, biografías de grandes personajes, pero no se enseña a escuchar. Para la tragedia griega la escucha ocupaba un lugar importante, tanto que Sófocles (2006, p. 69) insiste con Edipo al decir «Porque en escuchar consiste la precaución de lo que se haya de hacer». La escucha como un don de sabios, la escucha como esa gran galería de aprendizajes.

Resaltan los profesores que «no se enseña a tener una mente tranquila y a mantener la calma para la escucha ni, tampoco, a darse cuenta de ello», de lo cual Krishnamurti (1996, p. 5) sabe advertir:

¿Alguna vez se ha sentado usted muy silenciosamente, no con la atención fijada en algo, no haciendo un esfuerzo para concentrarse sino con la mente muy quieta, realmente silenciosa? Entonces escucha todo, ¿no es así? Escucha tanto los ruidos lejanos como los que están más próximos, y también los sonidos inmediatos, muy cercanos a usted, lo cual significa que presta atención a todo.

Este modelo tan arraigado en occidente de hacernos los sordos, de adentrarnos por los ruidos, es lo que confronta Krishna, percibirnos de los silencios, disfrutar y aprender de ellos, ir más allá del ruido de las palabras, del mundo de las pantallas. Los sonidos del silencio hay que escucharlos, como traduce una clásica tonada.

Los olvidos por la ética

«Entiendo la ética como algo necesario para la convivencia», señala uno de los maestros en su historia de vida, luego refuerza su idea «No se enseña la ética porque la mentira es más plausible». Preguntar por las mentiras y las formas de convalidarlas es preguntarle a la guerra por sus verdades, a la educación por sus paradigmas. Guerra y mentira. La mentira

más común es aquella con la que un hombre se engaña a sí mismo. Orlando Mejía Rivera, en su libro *Pensamientos de guerra* en su capítulo «El prisionero uno, dos y tres», nos cuenta cómo un prisionero pasa por tantas injusticias, malos tratos, y cómo también recuerda a sus alumnos, a sus abuelos, esposa e hijos. No muy lejos estamos nosotros, prisioneros de una guerra que no se sabe cómo va a terminar. En manos de los profesores está en sugerir varios caminares, enseñarles a ser libres, a que piensen por sí mismos, a que aprendan a escuchar, a opinar, a expresarse, y a tener compromisos.

Un compromiso es una responsabilidad que uno se impone de cara a la vida, haciendo frente a cada momento y a cada circunstancia que se presente; el interés por la ética tiene un componente social, evitar el mal o, tal vez, como expresa Abad (2007, p. 99) «No es que a uno le enseñen a ser bueno, sino que le enseñan a no ser malo»; ese desafío de enseñar lo pertinente más que lo bueno, suele conducirse por el mundo de las prohibiciones, por el escenario de los opuestos, enseñar a no ser malo, porque no sabemos cómo enseñar a ser buenos, no tenemos claras esas didácticas.

HILVANANDO LA OCLUSIÓN

Quien avisa no traiciona, se dice en los círculos de enamorados. Si esto es posible, también es posible que avisar sobre los olvidos del ejercicio docente es, al menos, no traicionar el acto académico porque el olvido es una materia que reclama su espacio.

Parece ser evidente que cada olvido de los docentes en el ejercicio de su profesión tiene o genera una serie de consecuencias bien determinadas que influyen en el sujeto educando (estudiante) que ha «sufrido» ese olvido. Si bien es cierto que todos los males de la sociedad no se le pueden sumar al mal ejercicio o a la incorrecta práctica de la profesión docente, no es menos cierto que la ejecución del acto educativo por parte del sujeto docente sí puede incidir en la configuración del *corpus* social. Muchas de

las realidades anómalas del mundo contemporáneo quizás tengan su origen en una errónea actuación de los docentes, en lo que olvidan enseñar.

Es casi seguro que la mayor parte de los olvidos de los docentes no se configuran en los terrenos del saber disciplinar de las asignaturas (Matemáticas, Biología, Religión...) sino que más bien se relacionan con las labores propias de la formación de sujetos, de seres humanos. En ese sentido, se afirma una condición de intersección entre las historias pedagógicas narradas y aquí estudiadas, intersección que se da por un elemento común que genera tal afinidad: el olvido. De esta manera se hilvana la presunción de que el olvido irrumpió como un elemento común a la sociedad occidental. De allí nos queda un interrogante: ¿Será que el olvido es un elemento forjador de nuestra identidad como sociedad? De ser así, ¿hasta qué punto influye el olvido en la configuración de nuestra identidad como colombianos, como latinoamericanos, como humanidad?

En esta última parte se mencionan otros *pequeños* olvidos que pueden tener desenlaces inesperados, olvidos que aparecen en las historias de vida de los docentes:

- Se ha olvidado enseñar la poética de la ciudad, en las posibilidades de reconocerse ciudadano en su creación; «No nos atrevemos a realizar poesía en el aula porque perdemos tiempo», escribe uno de los docentes.
- «A leer las noticias más allá de los titulares de los periódicos para identificar la realidad que se esconde del país, de la región y del mundo», indica otro de los docentes.
- «Hemos perdido la memoria de los hechos, sean agradables o no para dejarlos en libros o documentos, incluso ha sido manipulada por nosotros mismos y, claro por los poderes. Ya no queremos enseñar a que los estudiantes tengan memoria». Esta suerte de denuncia que da paso a una memoria manipulada,

a una memoria impedida no le tienen muchas salidas. Ricoeur (2004, p. 96) habla de «Los abusos de la memoria natural: memoria impedida, memoria manipulada, memoria dirigida abusivamente». La memoria manipulada conduce a olvidos o recuerdos inadecuados, de lo cual tienen mucha responsabilidad los medios de información, los poderes de turno y el ejercicio docente mismo.

- «A discutir en forma permanente sobre ética. Los abogados que conocen bastante sobre derecho, pero nada de la ética. El futbolista que simula caer en el área para que le piten un penal que nunca fue. El militar o criminal que asesina sin piedad en los campos y deja cuerpos sin cabezas y niños sin apellidos. El conductor que maneja luego de consumir alcohol. El padre que malgasta su escaso dinero en licor y prostitutas, y luego llega al rancho a golpear a su esposa y a sus hijos»; estos olvidos por

la ética, ponen una gran tensión al profesor que los ha relatado en su historia de vida, pero nos sugiere que no se está cumpliendo bien con la labor docente.

- «Se olvidó enseñar la responsabilidad del ejercicio público. El servidor público que incumple constantemente con su trabajo y que, sin embargo, recibe religiosamente su salario. El intelectual que merced a su falta de contactos y de capital político debe desperdiciar su talento y emigrar forzosamente a otras tierras o a otros oficios. El trabajador que conoce su oficio y que sin embargo debe resignarse a un salario de miseria y ser eternamente un peón que no es dueño de su vida y se siente incapaz de reaccionar ante tal situación», escribe otro profesor; con esto dando a entender que hay muchos héroes anónimos que no reconocemos en el ejercicio docente.

Figura 2. Pintura. *De olvido y piedra*, Óleo sobre tela, 2008.

Pintora Guadalupe Figueroa, mexicana.



Fuente: <http://www.latinamericanart.com/es/obras-de-arte/guadalupe-figueroa-de-olvido-y-piedra.html>⁵

⁵ Figueroa, Guadalupe. (2008). *De olvido y piedra*. En: <http://www.latinamericanart.com/es/obras-de-arte/guadalupe-figueroa-de-olvido-y-piedra.html>

- Se olvidó mirar la estética corporal con dignidad. «La modelo reconocida que *se lo da* a un reconocido delincuente a cambio de un generoso cheque, o en mi caso, que el cuerpo ha pasado a otro plano desde que no pude adelgazar» especifica una profesora en su historia de vida.
- «Olvidamos enseñar el arte que amplía la inteligencia, a participar de la estética para extender la visión del mundo, permitir que el estudiante construya autonomía y otra forma de comunicarse con el mundo», indica un profesor. Sobre esto expone Bourdieu (2002, p. 13) que «A medida que el campo intelectual gana autonomía, el artista afirma con fuerza cada vez mayor su pretensión a ella, proclamando su indiferencia respecto al público»; es decir, el artista consumado llega tanto a despreciar al público como el profesor a sus estudiantes; no todo en el arte es pureza como lo relata este profesor.
- Se olvidó enseñar la escucha sideral. «No nos enseñaron a escucharnos, menos a escuchar las plantas, las rocas, los vientos o las armonías y desarmonías siderales», resalta una profesora. Se agrega a lo anterior que no tenemos asambleas de escuchadores donde se escuche al sujeto individual y al nosotros.
- «Se olvidó enseñar a ir más allá del ruido de las palabras, del mundo de las pantallas. Se olvidó enseñar aquel pasado que nos duele, que no nos gusta», manifiesta uno de los profesores en su historia de vida. Existe una memoria avergonzada, una memoria que se quiere arrojar al olvido, un pasado que poco nos agrada, que nos pone en lo indecible, como lo suscribe Pollak (1989, p. 9) «La frontera entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable, separa, en nuestros ejemplos, una memoria colectiva subterránea de la sociedad civil dominada o de grupos específicos, de una memoria colectiva organizada que resume la imagen que una sociedad mayoritaria o el estado desean transmitir e imponer». Unas memorias clandestinas, silenciadas, inaudibles.
- Se olvidó enseñar a conservar las amistades, a ser leales en la relación con el otro, que no implique la aceptación desenfrenada de rigores maniqueos.
- «Se olvidó enseñar la paciencia para caer en cierto arribismo donde la internet ha contribuido de forma casi perversa», escribe una de las profesoras. Esta preocupación por el arribismo, pero ante todo por las deficiencias de la Internet no son aceptadas en todos los escenarios, como se deja ver en Álvarez y Rodríguez (2012, p. 84) argumentando que «las posibilidades y ventajas que ofrece Internet para la formación son sin lugar a dudas significativas e importantes: facilitar el acceso a más información, adaptar la información y formación a las necesidades de los alumnos, ampliar las posibilidades de comunicación entre los usuarios, poder utilizar herramientas de comunicación sincrónicas».
- Se olvidó enseñar la justicia para decantarnos por la venganza y el odio; «No sé, pero pienso que estamos enseñando el odio», explica uno de los docentes, confirma con esto lo que describe Abad (2006, p. 247), «Porque somos tierra fácil para el olvido de lo que más queremos. La vida, aquí, están convirtiéndola en el peor espanto».
- Se olvidó enseñar que lo verdadero y lo falso son lenguajes dicotómicos y maniqueos, lenguajes que nos acomoda y excluye, lo cual es muy dado en sociedades ilustradas como advierte Zuleta (1985, p. 36), «Declarar verdadero lo que nos tranquiliza y falso lo que nos perturba y angustia». Conocer no es llegar a la verdad sino saber con-versar con el conocimiento, con aquello que se presenta en demaraje.

- Se olvidó enseñar la potencia del error. «Se potencia el acierto y el error no tiene lugar sino para el ridículo», refiere una profesora, el horror de equivocarnos es cercano al horror que le tenemos al vacío.

El problema del error en el aprendizaje es seguramente tan antiguo como la enseñanza misma. Sin embargo, nos encontramos continuamente con el error en la vida diaria, y el sentido común no deja de repetirnos que solo dejan de equivocarse los que no hacen nada. En la escuela todo cambia. El error es fuente de angustia y de estrés. Hasta los alumnos que se consideran buenos tienen miedo de errar... En clase el objetivo prioritario de todos es, quizás, el de arreglárselas para ir saliendo ileso del tiro cruzado. (Astolfi, 2003, p. 7).

- Se olvidó enseñar el cooperativismo, «el nosotros» para insistir en el individualismo, en el éxito particular, en el sujeto líder que se impone sobre cualquier criterio.
- Se olvidó enseñar que la vida no tiene manuales y, que pese a las contingencias, durante y al final del recorrido se pueda excluir «Que todo el mundo sepa que he tenido una vida muy feliz» (Pamuk, 2010, p. 641).
- Por suerte, los olvidos de los docentes, al menos, ha dado para reconocer que sí recuerdan, recuerdan que algo han olvidado, «Algo hemos olvidado enseñar que ahora rememoramos, algo hemos olvidado enseñar que nunca recordaremos», así es la memoria, así es el olvido.
- «No todo olvido es malo, hay cosas buenas de olvidar porque esto le da espacio a la memoria, es posible que si algo olvidamos enseñar, daremos espacio a la creación de una apuesta nueva», refiere uno de los docentes. Destaca Augé (1998, p. 19) que «llevar a cabo el elogio del olvido no implica vilipendiar la memoria, y mucho menos aún ignorar el recuerdo, sino reconocer el trabajo del olvido en la primera y

detectar su presencia en el segundo. La memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte».

La vida es la memoria, el olvido es la muerte, ambos, memoria y olvido son los recursos de la humanidad para rehacerse, para consolidarse y editarse de forma distinta, donde lo cotidiano siempre es algo más que memoria y olvido, algo más que vida y muerte.

Como nos dice Ricoeur (2004) «no es lo mismo la memoria de los lugares que la memoria de los hechos», aún más confusa o diversa será la memoria sobre nuestros pensamientos, donde el olvido no distinguirá lugar de hecho, ni hecho de pensamiento. Entre tantos olvidos, tampoco hemos sabido pasar del aprendizaje por repetición al aprendizaje por comprensión.

Es evidente que los olvidos han constituido un enorme campo del comportamiento humano, olvido de sí, olvidos del otro, olvidos del dolor, olvidos de la felicidad, olvidos de esperanzas, olvidos de utopías, por tanto, preguntarle a la memoria por sus olvidos es una demanda por los recuerdos idos, pero preguntarle a la memoria de los docentes por sus olvidos es adentrarse en los hombres fallidos por aquellos olvidos de aula que jamás debieron presentarse.

De ahí que lenguajear el poder es, de alguna manera, lenguajear los olvidos. Adentrarse en los olvidos de los docentes es preguntarle a la memoria de la humanidad y a sus estados alterados; porque es posible que la memoria sufra de racismo lingüístico, de racismo imaginativo, de racismo intelectivo, que puede ser tan dramático como los racismos que nos ha enseñado la humanidad misma, al fin de cuentas, somos biología, energía cósmica y cultura, de ahí que ese racismo nos pueda estar acompañando para

aprender a olvidar a los de siempre, a los olvidados por el poder, a los olvidados por los dioses, a los sin nombre ni gloria, de ahí que el racismo de la memoria valdría estudiarse como un signo de época, como una marca que nos viene sometiendo, esto porque hay sometimientos consentidos, entonces, nada de extraño tendría que en este racismo de la memoria, el sometimiento consentido sea uno de los síntomas por abordar cuando queremos pensar y recordar los olvidos de la humanidad.

Es tiempo de contar los olvidos de los poderes, no para odiarnos sino para perdonarnos y así, reinventarnos de una manera que aún debemos descubrir. Ya sabemos algo, hay olvidos de olvidos, pero, a veces, el mundo se acaba a favor de un olvido. ¿De qué sirve un dios si olvida?, aunque mejor su olvido que cualquier venganza. ¿Si olvidan los dioses, qué esperar de los hombres? Los primeros se fueron, ya no hablan, ya no envían mensajes, olvidaron su creación; los segundos, es decir, los hombres, si somos responsables de nuestro devenir, de nosotros mismos y de los demás, no podemos reservarnos muchos olvidos. Sin lugar a dudas, el olvido puede ser un relato, un estado de ánimo, un estilo de vida, un lenguaje del poder, pero jamás, como una paradoja inconclusa, será una fiesta ajena.

¿Olvida Dios? Si puede, no es omnisciente. Si no puede, no es omnipotente.

Julián Serna (2012, p. 83).

BIBLIOGRAFÍA

Abad F., H. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Editorial Planeta.

Álvarez T. J. y Rodríguez G., E. (2012). Internet y su influencia en la comunicación familiar. Medellín, *Revista Trilogía* (7), 81-101.

Auge, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona:

Editorial Gedisa.

Astolfi, J. P. (2003). *El error un medio para enseñar*. (2^a edición). Sevilla: Diada Editora.

Borges, J. L. (S. f.). *Everness*. En http://www.versos.net/poemas_borges/el_olvido.html

_____. (S. f.). *Ya somos el olvido que seremos*. En <http://blogs.periodistadigital.com/juliosanfrancisco.php/2008/07/21/p180280>

Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Tucumán: Editorial Montressor.

Calvo, M., C. M. (2007). *Del mapa escolar al territorio educativo: diseñando la escuela desde la educación*. La Serena, Chile: Editorial Universidad de la Serena.

Celma, J. (1981). *Diario de un educastrador*. Traducido por Estela Cedola. Barcelona: Editorial la Flor.

Centro de Estudios Universitarios para la Tercera Edad. (S. f.). *¿Cómo enfrentar los olvidos del día a día?* En <http://www.u3e.cl/calidad-de-vida/icomos-enfrentar-los-olvidos-del-dia-a-dia/>

Colodro, M. (2004). *El silencio de la palabra. Aproximaciones a lo innombrable*. Santiago de Chile: Siglo XXI Editores.

Delumeau, J. (2005). *El miedo en occidente*. México: Editorial Taurus.

Eliade, M. (2001). *El mito del eterno retorno. Arquetipos de repetición*. Avellaneda, Argentina: Verlap.

Fabres C., J. (2005, noviembre) *Revista Iberoamericana de educación*. En <http://www.rieoi.org/deloslectores/1091Fabres.pdf>

Ferraroti, F. (2011). Las historias de vida como método. Centro de estudios Sociológicos, UNAM. México D. F., *Acta Sociológica*, 95-111.

- Figueroa, G. (2008). *De olvido y piedra*. En <http://www.latinamericanart.com/es/artistas/guadalupe-figueroa.html>
- Freire, P. (1975). *La educación como práctica de la libertad*. Bogotá: Ediciones Pepe.
- From, E. (2006). *Miedo a la libertad*. Madrid: Editorial Paidós.
- Gadamer, H. G. (1998). *Verdad y método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- González G., M. A. (2010). *Umbrales de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente*. Manizales: Editorial Universidad de Manizales.
- _____. (2011). *Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo*. Pereira: Editorial Universidad Tecnológica de Pereira.
- _____. (2012). *Desafíos de la universidad. Miradas plurales. Carpe diem*. Madrid: Editorial Académica Español.
- Krishnamurti, J. (1996). *El libro de la vida*. Barcelona: Editorial Edaf.
- Lenkersdorf, C. (2008). *Aprender a escuchar*. México, D. F: Plaza y Valdés editores.
- Lomas, C. (2011). *Lecciones contra el olvido*. En <http://octaedro.cat/pdf/09041.pdf>
- López de M., S. (2009). *Los buenos profesores: educadores comprometidos con un proyecto educativo*. La Serena: Editorial Universidad de la Serena.
- Los olvidos sociales del cristianismo*. (S. f.). En http://www.ppc-editorial.com/Los_olvidos_sociales_del_cristianismo.html
- Mainer, J. C. (2011). *Por una cartografía de los olvidos en literatura*. En http://www.elpais.com/articulo/portada/cartografia/olvidos/literatura/elpepulbab/20110917elpbabpor_1/tes
- Meirieu, P. (1998). *Frankenstein Educador*. Barcelona: Ediciones Leartes.
- Mejía R., O. (2000). *Pensamientos de guerra*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Méndez, F. X., et al. (1997). *Los miedos en la infancia y la adolescencia*. (Tesis doctoral). Murcia: Universidad de Murcia.
- Nietzsche, F. (2005). *El anticristo*. Tercera edición. México: Ediciones Leyenda. Original 1888.
- Olvidos cotidianos* (S. f.). En <http://ocw.um.es/cc.-de-la-salud/estimulacion-cognitiva/practicas-1/practica-4.pdf>
- Olvidos y recuerdos*. (S. f.). En <http://olvidosyrecuerdos-juanma.blogspot.com>
- Ospina, W. (2001). *Colombia en el Planeta. Relato de un país que perdió la confianza, 5*. Medellín, Antioquia, Colombia: Imprenta Departamental de Antioquia.
- _____. (2005, 07 21). *Contravía*. Entrevista a William Ospina. (H. Morris, Interviewer) Uno. Bogotá. 126.
- Pauwels, L. y Bergier, J. (1994). *El Retorno de los Brujos*. Madrid: Josmar.
- Parra S., R. (1989). *Pedagogía de la desesperanza*. Bogotá: Editorial Plaza y Janés
- Pamuk, O. (2010). *El museo de la inocencia*. (1^a reimpresión). Bogotá: Random House Mondadori.
- Platón. (1994). *Diálogos*. Bogotá: Ediciones Universales. Original siglo III, A. C.
- Proust, M. (2000). *En busca del tiempo perdido 4. Sodoma y Gomorra*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editor.
- Pollak, M. (1989). *Memoria, olvido, silencio*. Río de Janeiro, *Revista Estudios Históricos*, 2(3), 3-15.

- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Savater, F. (2002). *Fantmas de fin de siglo – Conversatorio*. En ritual de la inteligencia compartida, de Savater Fernando y Vattimo Gianni. Manizales: Centro Editorial Universidad de Caldas.
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Editorial planeta.
- Serna, J. (2012). *Antítesis. Contra la inercia del pensar*. México, D. F: Ediciones sin nombre.
- Sófocles. (2006). *Edipo rey. Edipo en colona. Antígona*. México: Editorial Tomo. Original: Edipo 430 a, n, e. Edipo en Colona, 406 a, n, e, y Antígona, 442 a, n, e.
- Sófocles. (2007). *Edipo rey. Electra*. Buenos Aires: Longseller. Original: Edipo 430 a, n, e. y Electra, original 415 a, n, e.
- Teller, J. (2012). *Ven*. Bogotá: Editorial Planeta.
- ¿Tienen un significado los olvidos?* En http://www.plusesmas.com/memoria/mi_memoria_y_yo/tienen_un_significado_los_olvidos/565.html
- Una molécula que acaba con los olvidos.* (S, f). En <http://www.yamelose.com/medicina/una-molecula-que-acaba-con-los-olvidos.html>
- Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. (S. f.). *El libro de los olvidos*. En http://www.upc.edu.pe/0/modulos/TIE/TIE_DetallarProducto.aspx?CAT=400&PRO=404 (Recuperado en diciembre de 2011).
- Zemelman, H. (1998). *Sujeto: existencia y potencia*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Zuleta, E. (1985). *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos*. Bogotá: Procultura, S.A.